

# Don Miguel de Unamuno

Por René Uribe Ferrer

La obra escrita de don Miguel de Unamuno, más de cuarenta volúmenes, abarca casi todos los géneros literarios en boga en su época: el ensayo filosófico-religioso; el ensayo de tema español; la autobiografía; el cuento y la novela; el drama; la poesía lírica. Pero esa variedad aparentemente dispersa muestra una férrea unidad. Las páginas culminantes pertenecen al ensayo filosófico o a la meditación lírica. Y verdaderamente la filosofía y la poesía impregnan la totalidad de su obra, su teatro, su narrativa y sus visiones del paisaje y del alma españoles. Pero, a su vez, filosofía y poesía se unen en la autobiografía. Porque la integridad de las páginas escritas por Unamuno es ante todo el retrato de su alma y la narración de su atormentado transcurrir.

En 1913 encabezaba un artículo titulado **Sobre mí mismo**, con estas palabras: "No faltará lector que al leer el título de este pequeño ensayo cínico se diga: ¡pero si nunca ha hecho usted otra cosa que hablar de sí mismo! Puede ser, pero es que mi constante esfuerzo es convertirme en categoría trascendente, universal y eterna. Hay quien investiga un cuerpo químico; yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y sufriente. ¿Egotismo? Tal vez; pero es el tal egotismo el que me liberta de caer en egoísmo" (1).

Precisemos entonces el sentido de la palabra autobiografía aplicada a Unamuno. Ha habido escritores, como Flaubert, que han esquivado constante y penosamente toda expresión de su personalidad en su obra. Pero ocurre que aquella, a pesar de todo, se trasparenta, porque es imposible que una obra de valor auténtico no sea ante todo la expresión de una personalidad. Otros, al contrario, como Stendhal, como Gide, han dedicado la totalidad de sus escritos a retratarnos su alma y a narrarnos su vida con toda la minuciosidad del caso.

El caso de Unamuno no es, evidentemente, ninguno de los dos. Nunca se ha recatado, como Flaubert, pero tampoco ha querido na-

---

1) — *Mi vida y otros recuerdos personales*, Tomo I (Losada, Buenos Aires, 1959, pág. 130).

rrarnos los mínimos detalles de su vida íntima como los autores de **Henri Brulard** y de **Si le grain ne meurt**. Lo que sí ha querido y logrado es transmitirnos las que han sido las preocupaciones fundamentales de su vida. De su vida corporal, espiritual, total. Estos temas vitales son tres: la inmortalidad del alma, Dios y España. No es exageración decir que no hay una página de Unamuno que no trate de alguno de los tres. Pero como los dos primeros de dichos temas son los esenciales de todo hombre, la literatura personal de Unamuno tiene un sentido absolutamente universal. Vale para todas las razas y para las diversas épocas. Si sitúa así al lado de Pascal, de Kierkegaard y, guardadas las proporciones, de San Agustín. "Quiero saber de Dios y del alma. ¿Nada más? Nada más", escribió el obispo de Hipona (2).

### El problema fundamental

De los tres temas claves de la vida y la obra de Unamuno, el central y básico es el de la inmortalidad personal. "No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero queerlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia... ¿Egoísmo, decís? Nada hay más universal que lo individual, pues lo que es de cada hombre lo es de todos... No, no es anegarme en el gran Todo, en la Materia o en la Fuerza infinitas y eternas o en Dios lo que anhelo; no es ser poseído por Dios, sino poseerle" (3).

El tema de Dios cobra para Unamuno un interés tan absorbente, por estar indisolublemente unido al de la inmortalidad. "Un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige Cielo y Tierra, Conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal, en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: Entonces, ¿para qué Dios?" (4). "Si la religión no se funda en el íntimo sentimiento de la propia sustancialidad y de la perpetuación de la propia sustancia, entonces no es tal religión. Será una filosofía de una religión, pero religión, no" (5).

Y es claro que lo mismo ha de pasar con el tercero de los temas: el de España. Si Unamuno busca la esencia de España, y del pueblo español, y de la filosofía española, es para encontrarse a sí mismo. Para encontrar ese yo personal, concreto y limitado, que es el que quiere ser inmortal. Y el yo de cada uno de sus prójimos, de sus próximos,

---

2) — *San Agustín. Los soliloquios* (BAC, Obras, tomo I, Madrid 1956, página 484).

3) — *Del sentimiento trágico de la vida* (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, págs. 769-771).

4) — *Del sentimiento trágico de la vida*. (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, pág. 732).

5) — *Plenitud de plenitudes y todo plenitud*. (En *Ensayos*, tomo I, páginas 582-583).

porque ningún ser humano le es extraño. Porque todos viven, o deben vivir, su propia tragedia personal.

### **Biografía espiritual**

Para enfocar entonces el doble problema básico, inmortalidad-Dios, habrá que mencionar algunos hechos fundamentales de su biografía.

Nació don Miguel en Bilbao el 29 de septiembre de 1864, y en esa ciudad cursó los estudios primarios y secundarios. Perdió a su padre desde la primera infancia, pero su madre le infundió una profunda fe religiosa. En su adolescencia fue miembro de la Congregación de San Luis Gonzaga, lee muchas vidas de santos, siente fervor por las penitencias prolongadas y se le despierta un misticismo romántico que, como escribe él mismo, pasará pero dejará en su vida futura una perdurable influencia. A los diez y seis años se traslada a Madrid a cursar la carrera de Filosofía y Letras. Durante el primer año de universidad oía misa todos los días y comulgaba cada mes. Sintió, inclusive el deseo intenso de seguir la vocación religiosa. Pero ello pasa pronto. Siente el deseo de racionalizar la fe. Estudia la filosofía de actualidad en esos años. Lee a Balmes, a Kant, a Hegel, a Spencer. También lecturas teológicas. Pero la teología de 1880, tengámoslo en cuenta, no era la gran escolástica del siglo XIII o del siglo XVI. Tampoco la renovada teología que surgirá en el siglo XX. Ni siquiera la de algunos solitarios espíritus del siglo XIX, como Scheeben o Newman. Era una escolástica decadente, cerrada, mísera. Su fe no resistió los ataques de la razón: de la razón racionalista. Ya sólo va a misa los días festivos. Hasta que un domingo, al salir de la iglesia de San Luis, frente al Ateneo, en la calle de la Montera, se pregunta qué significa para él el asistir a misa, si ya no cree, y deja de hacerlo. Tiene entonces diez y ocho años.

Viene entonces la búsqueda angustiada de una certeza a que agarrarse, que sustituya la perdida fe religiosa. Se sumerge en el positivismo, traduce a Spencer. Pero el inhumano positivismo estaba en los antípodas de Unamuno. La consecución de la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, ciudad que será su residencia durante el resto de su vida —exceptuados los años de destierro, 1924-1930—, su matrimonio, a los veintisiete años, con Concha Lizárraga, su primero y único amor, no alcanzan a dispersar su inquietud fundamental. Una noche de la primavera de 1897, tiene treinta y tres años, se produce en él una segunda crisis religiosa. Esa noche tuvo la revelación de la muerte y de la nada. Se sintió físicamente “en las garras del ángel de la nada”. Tuvo la revelación de la faz nocturna de la existencia: la vida sin Dios y sin esperanza. “Si supiera usted, —escribe a su amigo Jiménez Ilundain— ¡qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual!... Me cogió la crisis de un modo violento y repentino, si bien hoy veo en mis escritos el desarrollo interior de ella. Lo que me sorprendió fue su explosión. Entonces me refugié en la niñez de mi alma y comprendí la vida recogida cuando al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación, viniendo a mí: ¡Hijo mío! Enton-

ces me llamó hijo. Me refugié en prácticas que evocaron los días de mi infancia, algo melancólica, pero serena. Y hoy me encuentro en gran parte desorientado, pero cristiano y pidiendo a Dios fuerzas y luz para sentir que el consuelo es verdad” (6).

Pero esa vuelta al cristianismo, en el que permanecerá toda su vida posterior, no es al cristianismo católico, a la ortodoxia de su infancia y adolescencia. El mismo definirá así su fe en otra carta de 1900, tres años más tarde: “Nada de dogma, fe viva, la fe que crea y destruye dogmas; menos lógica y más vida; menos ideas y más espíritu...! La fe no es adhesión de la mente a un principio abstracto, sino entrega de la confianza y del corazón a una persona, para el cristiano a la persona histórica de Cristo. Tal es mi tesis, en el fondo una tesis luterana” (7).

En resumen, lo que ha ocurrido en Unamuno es que su razón entregada al estudio de una filosofía excesivamente racionalista y al de una teología míseramente racionalista, llegó a la conclusión de que la razón destruía todas las bases de la fe religiosa católica de sus primeros años. Pero su volcánico temperamento y su necesidad vital de una inmortalidad personal le exigían creer en un Dios que le garantizara esa inmortalidad. Proclama así una fe irracional, antirracional. Bien se da cuenta de que esa concepción religiosa es incompatible con la enseñanza católica de que la fe supera a la razón pero no la contradice, y de que tenemos motivos racionales de credibilidad. La definición del concilio Vaticano primero, de que Dios puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, será siempre para Unamuno piedra de escándalo, y repetidas veces la hará objeto de sus ataques. En el modernismo de Loisy, Tirrell, Loyson, esfuerzo desviado de restauración de la teología católica, en realidad el último oleaje de la reforma protestante, encontrará don Miguel el apoyo de su fe antirracional.

### La fe agónica

El Unamuno racionalista está convencido de que la filosofía no puede demostrar en forma alguna la inmortalidad del alma: “Por cualquier lado que la cosa se mire, siempre resulta que la razón se pone enfrente de ese nuestro anhelo de inmortalidad personal, y nos le contradice. Y es que, en rigor, la razón es enemiga de la vida... y todas las elucubraciones pretendidas racionales o lógicas en apoyo de nuestra hambre de inmortalidad no son sino abogacía y sofistería” (8).

Y, lógicamente, lo mismo o peor hay que decir de las demostraciones racionales de la existencia de Dios. Los razonamientos meta-

---

6) — Bernardo Villarrazo: *Miguel de Unamuno - Glosa de una vida*. (Editorial Aedos, Barcelona, 1959, pág. 36).

7) — *Unamuno en sus cartas*. (En *Ensayos*, tomo II, págs. 60-61).

8) — *Del sentimiento trágico de la vida*. (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, págs. 810-812).

físicos “sólo llevan al Dios-nada de Escoto Eriúgena, al Dios racional o panteístico, al Dios ateo, en fin a la Divinidad despersonalizada” (9).

La razón de Unamuno, en síntesis, se ha quedado sin fe. Pero el hombre de carne y hueso que se llama Miguel de Unamuno, no puede vivir sin fe. Porque al hombre sin fe sólo le quedan dos caminos: o el escape a una vida falsa, de subterfugios, sin contenido auténtico, o la desesperación absoluta. Y Unamuno es tan incapaz de la simulación como de abandonarse a la desesperación. Entonces tiene que buscar un tercer camino: el de la lucha permanente entre la fe y la razón, sin que nunca pueda triunfar ninguna de las dos. Así habrá de creer siempre en aquello que su razón le seguirá diciendo siempre que no tiene sentido. Una fe cuya esencia es la duda y, por lo tanto, la lucha: agónica. Una fe agónica, tomando esta palabra en su sentido etimológico.

Es claro que esta fe no es la virtud teologal de la fe, que consiste en creer con certeza aquello que Dios ha revelado. La fe de Unamuno no es creer lo que no vemos sino “crear lo que no vemos”. “Fe es confianza del pecador arrepentido en el Padre de Cristo, única revelación para nosotros del Dios vivo. Es la única fe que salva y lo único que salva”... Fe que no estriba en sus ideas sino en él; no en una doctrina que representara, sino en la persona histórica... Todo lo que no sea entrega del corazón a esa confianza de vida, no es fe, aunque sea creencia” (10). En otras palabras, esa fe no es certidumbre sino esperanza.

Pero aunque esa fe no sea la virtud teologal de la fe, es evidente que es una actitud religiosa. Toda la vida y la obra de Unamuno están impregnadas de religiosidad. Religiosidad que, cuando se expresa en ensayos filosóficos, tiene un claro tono heterodoxo, ya que su mente no quiere sujetarse a dogmas ni a la autoridad de Iglesia alguna. En cambio, cuando se expresa en poemas líricos, cuando no es la mente la que habla sino, ante todo, la emoción entrañable, entonces es el cristiano el que nos entrega la totalidad de su fe religiosa infantil. Esa fe que nunca murió del todo en él. Ya varios críticos han señalado esa disparidad evidente de modulación religiosa que se marca entre el Unamuno filósofo y el Unamuno poeta. El primero es el de la fe agónica, el de la fe cuya esencia es la duda. El otro, el poeta, es casi siempre el de la fe ingenua y total del niño. Y todo gran poeta, y Unamuno lo es en grado máximo, es un niño absorto ante los misterios fundamentales del hombre. El mismo nos definió el sentido de su poesía: “Los salmos que figuran en mi volumen de **Poesías** no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás... Esos salmos de mis **Poesías**, con otras varias composiciones que allí hay, son mi religión, y mi religión cantada y no expuesta lógica y razonablemente. Y la canto, mejor o peor,

---

9) — *Del sentimiento trágico de la vida*. (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, pág. 880).

10) — *La fe*. (En *Ensayos*, tomo I, págs. 259-264).

con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar" (11).

### La inmortalidad

Analícemos un poco el tema fundamental de esta obra tan unitaria. A Unamuno le interesa la propia inmortalidad personal; y la de todos los hombres. Pero esa inmortalidad no es la de la especie, ni la del nombre, ni la de la fama, ni la del Gran Todo. Es la de cada hombre. Y este hombre no es el de las abstracciones filosóficas tradicionales, sino el hombre concreto existente: "El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come, y bebe, y juega, y duerme, y piensa, y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano... Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos" (12).

Ese hombre concreto tiene hambre de inmortalidad personal. Pero el hombre concreto Miguel de Unamuno no tiene certeza de tal inmortalidad. La razón, nos lo dice él, es atea, y sólo Dios puede garantizarnos la inmortalidad. Entonces él procede a construirse su inmortalidad con su fé agónica, creando lo que no ve o sea esa inmortalidad y a Dios que es su fundamento. Esa labor fue la lucha de toda su vida, para salir de las garras del ángel de la nada, desde la inolvidable noche de 1897. Lucha trágica y sin paz posible, porque una vida que termine carece de sentido, pero, al mismo tiempo, lo que da sentido a una vida es la muerte, la certeza de su transitoriedad. Esta tragedia de la existencia y la tragedia de la fe, comunican una tremenda e inagotable vibración humana, demasiado humana, a la obra de Unamuno.

Una de sus páginas más bellas es aquella de *Niebla*, cuando su protagonista, Augusto Pérez, condenado a morir, se revuelve contra su creador, el novelista Miguel de Unamuno, y exclama: "¿Conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió...! ¡Dios dejará de soñarle! Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, *nivolesco* lo mismo que vosotros" (13).

Contra esta amenaza permanente, hay que erigir un nuevo imperativo categórico: el de llevar una vida moral limpia, que nos haga dignos de la inmortalidad; el de hacernos insustituibles. Y como afirmación suprema, Unamuno proclamará, parodiando al **Obermann** de

---

11) — *Mi religión*. (En *Ensayos*, tomo II, pág. 374).

12) — *Del sentimiento trágico de la vida*. (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, págs. 729-730).

13) — *Niebla*. (Espasa-Calpe, Argentina S. A., Bs. Aires, 1939, pág. 172).

Sénancour: "Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el Destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él quijotesicamente" (14).

### El hambre de Dios

Pero esa lucha por la inmortalidad le exige creer en Dios. Porque sólo un Dios personal y creador puede garantizarnos la inmortalidad de nuestro espíritu, de nuestro yo concreto. Y aunque esa fe, repito, no sea la virtud teologal de que nos habla la doctrina católica, la fe cierta, que se basa en la veracidad divina y que procede de la gracia, pues es un don sobrenatural, sí es un ansia de poseer esa fe. Ansia que la vemos afirmarse, ante todo, en su poesía. En un soneto de su madurez, titulado **Razón y Fe**, escribe:

..... Pon tu parte  
y la de Dios espera, que abomina  
del que cede. Tu ensangrentada huella  
por los mortales campos encamina  
hacia el fulgor de tu eternal estrella;  
hay que ganar la vida, que no fina,  
con razón, sin razón, o contra ella (15).

En su máximo poema, **El Cristo de Velásquez**, apostrofa así a los saduceos, que negaban la inmortalidad del alma:

Quiebra tu envidia, triste saduceo;  
deja que la esperanza nos aduerma,  
y en nuestros labios al postrer suspiro  
muera del Credo la postrera ráfaga.  
¡Y Tú, Cristo que sueñas, sueño mío,  
deja que mi alma, dormida en tus brazos,  
venza la vida soñándose Tú! (16).

Y en la **Oración Final** del mismo poema, concentra lo mejor y más profundo de su alma, para proclamar la fe en Cristo como Hijo de Dios y como el garante de nuestra resurrección final:

Te pedimos, Señor, que nuestras vidas  
tejas de Dios en la celeste túnica,  
sobre el telar de vida eterna. Déjanos  
nuestra sudada fe, que es frágil nido  
de aladas esperanzas que gorjean  
cantos de vida eterna, entre tus brazos,  
las alas del Espíritu que flota

---

14) — *Del sentimiento trágico de la vida*. (En *Ensayos*, tomo II, Aguilar, Madrid, 1958, pág. 969).

15) — *Rosario de sonetos líricos* (Madrid, Imprenta Española, 1911, páginas 116-117).

16) — *El Cristo de Velásquez* (Calpe, Madrid, 1920, págs. 159-160).

sobre el haz de las aguas tenebrosas,  
guarecer a la sombra de tu frente.

.....  
y estando ya en tu reino, de nosotros  
acuérdate. Que no como en los aires  
el humo de la leña, nos perdamos  
sin asiento, de paso; mas recógenos  
y con tus manos lleva nuestras almas  
al silo de tu Padre, y allí aguarden  
el día en que haga pan del Universo,  
yeldado por tu cuerpo, y alimente  
con él sus últimas eternidades! (17).

La fe en Dios para el poeta Unamuno, y también, hasta cierto punto, para el filósofo Unamuno, no tiene sentido sino como fe en Cristo. La fe en el Padre, sólo en cuanto es el Padre de Cristo. Porque Cristo es la manifestación humana de Dios. Cuando el poeta se abisma y extasia en la figura del Redentor, su fe de niño resucita íntegra aunque no permanentemente. Y cuando el filósofo, ya lo vimos en un párrafo citado atrás, quiere afirmar su fe agónica, crear al Dios que no puede ver con la razón, proclama atormentadamente su fe en Cristo, no en su mensaje sino en su persona.

En esta posición del Unamuno ensayista hay, oscuramente, el atisbo de una verdad que la teología actual está poniendo de relieve. La fe es una relación personal: la relación entre la persona humana y la persona divina. Y Cristo es la persona divina que ha asumido la naturaleza de hombre. Pero la fe es, además, y aquí es donde Unamuno falla, aceptación del mensaje que esa persona, que Cristo nos transmite. Aquí, nuevamente, hay que lamentar que el estado decadente de la teología de fines del siglo XIX no hubiera permitido que Unamuno bebiera en aguas más fecundantes. Sólo encontró una escolástica decadente o el intento extraviado de la teología modernista.

### El tránsito final

En esta posición de lucha permanente, **contra esto y aquello**, contra todos y contra sí mismo, llegó la hora continuamente presentida. El último día de 1936. Cuando España también se desgarraba en lucha bélica e ideológica. Y cuando don Miguel aparece enfrentado a uno y a otro bando. Fue la muerte súbita. Pero hubo un testigo, don Bartolomé Aragón Gómez, profesor de economía en Salamanca. Cuando este, al ver la bárbara destrucción bélica, manifiesta duda de que Dios siga amparando a su patria, Unamuno reacciona: "Eso no puede ser, ¡Aragón! —dijo, al tiempo que descargaba un golpe sobre la mesa en torno a la cual se hallaban sentados ambos interlocutores—. Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que

---

17) *El Cristo de Velásquez* (Calpe, Madrid, 1920, págs. 161-163).

salvarse" (18). Fueron las últimas palabras que pronunció en este mundo. Pocos instantes después iniciaba más allá el diálogo supremo.

¿Las palabras de este diálogo? Queremos creer que fueron las finales de **El Cristo de Velásquez**:

Señor, que cuando al fin vaya perdido  
a salir de esta noche tenebrosa  
en que soñando el corazón se acorcha,  
me entre en el claro día que no acaba,  
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,  
Hijo del Hombre, Humanidad completa,  
en la increada luz que nunca muere;  
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,  
mi mirada anegada en Ti, ¡Señor! (19).

### El valor de su obra

Después de haber intentado, con la inevitable torpeza, fijar el sentido de la obra de Unamuno, son indispensables algunas consideraciones sobre el valor de la misma. Perteneció don Miguel a una generación de gigantes. La que se ha llamado generación del noventa y ocho. A su lado figuran y actúan y escriben, Valle Inclán, el del estilo personalísimo y las visiones de pesadilla; Baroja, el demoleedor de convenciones y otras cosas no convencionales; Azorín, el recreador del paisaje y de las emociones fugaces y hondas; Antonio Machado, otro desolado buscador de Dios; Ganivet, el buceador del alma española; Benavente, el ironista sutil; y también, venido del otro lado del Atlántico, Rubén Darío, el mágico renovador de la palabra y de la esencia de la poesía. Y si salimos de nuestra lengua, encontramos en los otros países europeos otros nombres que inician la gran transformación del siglo XIX al XX. Entre todos ellos Unamuno ocupa un lugar no sobrepasado, en conjunto, por ninguno. Lo ocupa como filósofo, como poeta y como señor de la prosa.

Algunos discípulos de don José Ortega y Gasset, como Julián Marías, han pretendido negarle el título de filósofo en sentido estricto. Como si la gloria de Ortega no esté suficientemente asentada para no necesitar socavar la de su egregio coterráneo. Pero si negamos a Unamuno el título de filósofo en sentido estricto, por no haber hecho una exposición rígida de su sistema, o por haber hecho intervenir su sentimiento más que su razón en su filosofar, tendremos que escatimar tal título también a Pascal, a Nietzsche, a Kierkegaard, por no decir que a Platón y a San Agustín. Es más: en muchos representantes del llamado hoy, con harta vaguedad, existencialismo, encontramos la sistematización de muchas de las ideas que años antes expuso don Miguel con mayor brío y, por lo menos, igual profundidad. Es de esos

---

18) — Bernardo Villarazo: *Miguel de Unamuno - Glosa de una vida* (Editorial Aedos, Barcelona, 1959, pág. 261).

19) — *El Cristo de Velásquez* (Calpe, Madrid, 1920, pág. 164).

pensadores cuya influencia aumenta gradualmente, a medida que nos alejamos de su época. Es uno de los que primero, en este siglo, arraigó el pensar filosófico en los problemas auténtica y fundamentalmente humanos. Que nos recordó que la filosofía, como siempre en sus momentos culminantes, no es una especialización ni una ciencia esotérica sino un quehacer vital que interesa a todo hombre.

En cuanto a su valor poético, todavía no ha alcanzado un reconocimiento suficientemente amplio. No faltan quienes siguen hablando de que es una poesía cerebral y tosca en la forma. Cerebral la poesía de uno de los hombres menos cerebrales que han existido: de quien fue todo corazón. Tosca sí, pero con la tosquedad de las estatuas que Miguel Angel talló para el sepulcro de Médicis. Afortunadamente su grandeza poética, la del mayor poeta español del siglo XX, ha sido reconocida por críticos y poetas de la altura de don Federico de Onís, Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas. Y por el único que en su época y lengua y fuera de su patria lo superó: Rubén Darío. Quiero aquí recordar las palabras del Maestro: "Sí, poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos. Y pocos como ese vasco meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte... Sed de principios supremos, exaltación de lo absoluto, hambre de Dios, desmelenamiento del espíritu sobre lo insondable, tenéis razón si me decís que todo esto está muy lejos de las mandolinas. Pero las mandolinas no son toda la poesía... Y no porque una música no se parezca a la del autor por vosotros preferido, hemos de concluir que no es buena. No todas las aves tienen el mismo canto, como todas las flores no tienen la misma forma ni el mismo perfume... El canto quizá duro de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y ciertos versos que suenan como martillazos, me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito" (20).

En cuanto al poder de su prosa, ese poder irresistible, que nos arrastra, con su sinceridad total y a pesar de su también total falta de pulimento, él mismo nos explicó el secreto: "Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté, pero si no dices cosa que lo valga o aburres, por castizo que se te reputa, escribes muy mal" (21). Ahí está la definición del hombre que nos entregó, en su obra, su vida como ejemplo de vida. No para que imitemos sus defectos, sus exageraciones y sus injusticias, que nadie más que él hubiera rechazado esa imitación ciega y borreguil, sino para que recojamos lo esencial de su mensaje. La incansable búsqueda de Dios. El vivir para la muerte, para encontrar, tras ella, la inmortalidad en el seno del Padre.

---

20) — Rubén Darío: *Semblanzas* (Obras Completas, edición de Alberto Ghirardo, volumen XV, Villarejo del Valle, Avila, págs. 25-33).

21) — *Sobre la lengua española*. (En *Ensayos*, tomo I, pág. 328).